

CRITICA LITERARIA LATINOAMERICANA

ESTRUCTURALISMO Y HERMENEUTICA

Graciela Maturo

Todo el proceso de madurez lo es, a la vez de auto-conocimiento. No es casual que el crecimiento de los pueblos, en el orden científico y técnico, se vea acompañado por un movimiento de la reflexión en busca de las motivaciones profundas de los cambios históricos, y del encauzamiento cultural en que éstos adquieren su sentido. Esta búsqueda se agudiza hoy en América Latina.

El proceso de la emancipación política vio nacer los balbuceos de nuestro pensamiento filosófico y crítico. Sin embargo, debía pasar mucho tiempo para que se afirmara la línea de una reflexión autónoma. A repetidos, y aislados, intentos en esta dirección correspondió siempre una general receptividad de productos ya elaborados, muchas veces a destiempo de nuestra propia evolución, y en otras en franca contraposición con ella.

América Latina no ha desarrollado antes del siglo actual un auténtico pensamiento crítico. Su vitalidad histórica, religiosa y artística no tuvo el correlato de un pensamiento independiente capaz de reelaborar su propio instrumento crítico, y de rastrear y profundizar los rasgos de su contexto, aunque se hayan dado los primeros pasos en este sentido.

Restringiéndonos al ámbito de la crítica literaria, observamos que entre nosotros han sido creados los cimientos para una consideración profunda y original de las letras latinoamericanas, cuyas particularidades de estilo y significación fueron ya notadas por los románticos. A la crítica predominantemente intuitiva o "contextual", que se desarrolla desde los comienzos de este siglo en distintos niveles, y que tendrá un eminente maestro en el erudito Arturo Marasso, representante de la filología clásica, le seguirá la actividad estimativa y cultural de lúcidos ensayistas —Borges entre ellos, en su primera época—

Pero será el grupo de investigadores nucleados alrededor del Instituto de Filología de Buenos Aires el que, irradiando hacia el resto del país una nueva actitud crítica, se hará responsable de la fundación de los modernos estudios literarios. Amado Alonso y María Rosa Lida encabezan, en la Argentina, una valiosa serie de trabajos críticos que, lamentablemente, vieron diluirse su primacía en las últimas décadas, ya sea por el avance de nuevas modalidades, o bien por su propio agotamiento en ciertas líneas del trabajo

estilístico que se enrarecían desconectadas del contexto.

El campo de la crítica sufrió pues la "invasión", en más de un sentido justificada y fecunda, de los estudios sociológicos inspirados en la visión marxista. Al análisis riguroso de los textos, aprendido de la lingüística, la estilística y la "nueva filología", venía a sucederle violentamente una consideración extratextual cuyos fundamentos partían de la consideración crítica de la sociedad. A esta perspectiva se mezcló en ocasiones, el interés de un enfoque psicoanalítico, a menudo puesto al servicio de la óptica social. Este tipo de estudios, si bien aportaba en principio un enriquecimiento de la perspectiva crítica, fue, a menudo, subalternizado por la previa aplicación de un prejuicio político a la consideración de lo literario. La órbita de la reflexión sobre nuestra propia cultura se vio, durante varias décadas, entorpecida cuando no distorsionada.

La "eclosión" del pensamiento estructuralista en las ciencias humanas vino a cambiar, como se sabe, el panorama de la crítica literaria, primero en Europa y luego en el resto del mundo. Se retomaba, en el trabajo crítico, la importancia del análisis

formal y la valoración de las estructuras literarias venía a desplazar el enfoque sociopolítico o psicoanalítico.

Entre nosotros sobrevino —sobre todo en quienes provenían, por edad o por formación, de las últimas promociones— un verdadero escozor ante el "descubrimiento" de la complejidad del signo literario, y ante las posibilidades de aplicar nuevos métodos científicos a su estudio.

Por importante que haya sido el aporte de esta corriente, es necesario subrayar la total ausencia de cuestionamiento crítico de que ha sido objeto por la mayor parte de nuestros investigadores. En lugar de discernir críticamente en la justificación y aplicación de nuevas metodologías y de cuestionar adecuadamente sus fundamentos filosóficos, nuestra "nueva crítica" se transformó, salvo muy raras excepciones, en mimética reproducción de los aciertos y desaciertos en que ha incurrido en las últimas décadas la crítica europea y norteamericana.

El Grado Cero de la Cultura

Sin pretender aquí el análisis exhaustivo de la problemática abierta principalmente por los estudios lingüísticos, "estructuralistas" y semiológicos, en el campo de la crítica literaria, se hace preciso señalar algunos aspectos dignos de examen y discusión.

La influencia que ha tenido el pensamiento europeo sobre la reflexión incipiente latinoamericana, no debe ser rechazada por nosotros sino valorada en su doble aspecto de circunstancial alienación con respecto a nuestra propia realidad, y de provisión de instrumentos de contraste y análisis que pueden revertir fecundamente sobre su comprensión.

Sería pueril la pretensión de negar en nuestro siglo la lección derivada del existencialismo, del marxismo, de la fenomenología, así como del movimiento surrealista en el arte. Algo análogo ocurre con el pensamiento estructuralista, cuyas enormes proyecciones son en muchos casos desconocidas por quienes pretenden aplicarlo.



Rubén Darío

El examen de la evolución filosófica y crítica de nuestros países muestra que, aunque no plenamente desarrollada, se presenta una línea original que distingue su perfil del de otras culturas que intervienen en su formación. Ello se produce por un proceso de selección y decantación progresiva de los aportes universales del pensamiento, de los cuales unos son prontamente asimilados en tanto que otros entran en pugna en las características de esa nueva cultura en formación, que surge reflexivamente sobre su propio ser histórico.

El avance de la ciencia es ciertamente de carácter universal, pero la inserción de sus métodos y conquistas dentro de un pensamiento crítico los vuelve necesariamente históricos y acordes con la evolución cultural de cada pueblo.

El tiempo histórico cultural de América Latina, lejos de coincidir con el europeo o el norteamericano, marca hondas divergencias con ellos. Su peculiaridad y originalidad residen, precisamente en la **negación** histórica de la abstracción racionalista en que desemboca el pensamiento europeo así como del pragmatismo materialista que caracteriza a la civilización americana del norte.

Por esto una crítica **latinoamericana** debe partir de una óptica latinoamericana como único modo de interiorización auténtica de la cultura en todas sus manifestaciones.

La aplicación de metodologías científicas—cuya formación, por otra parte debe ser continuamente revisa-



José Martí

da, y cuya aplicación en cada caso plantea nuevos problemas— no tiene por qué, necesariamente, transformarse en una apología del método. Esta es una característica del "profesionalismo" a-cultural, intrínsecamente ajeno al espíritu de un pueblo que asume su historia.

El ámbito de las ciencias humanas hace inadmisibles una actitud que acaso se justifique en el de las ciencias físicas y naturales —al menos en ciertos aspectos—. Además, es necesario señalar cómo, a menudo, la pretendida "objetividad" es violada por prejuicios ideológicos ajenos a la línea metódica propuesta. De allí surge cierta crítica híbrida en sus presupuestos filosóficos y metodológicos, que debe ser revisada.

La **nouvelle critique**, presuntuosamente expuesta por sus teorizadores, y servilmente seguida por muchos críticos latinoamericanos, encarna peligrosamente uno de los aspectos más negativos de la crisis cultural europea: el "vaciamiento" del sentido. Su más notable representante, Roland Barthes, surgió como crítico del "objetivismo", y con la pretensión desmitificadora propia de una literatura que apuesta contra el hombre. Analista de la moda y de las manifestaciones de la vida cotidiana, degradación moderna de profundos sistemas de significación cuyo acceso parece serle vedado al crítico, pretende, a través de éstas, desnudar una superestructura gratuita y sin validez. Según Gerard Genette, la literatura y la vida social son para



José Hernández



Octavio Paz



Leopoldo Marechal

Barthes sólo "lenguaje que es necesario estudiar en su estructura como puros sistemas formales". Lo que Genette llama su "versátil eclecticismo" no es sino una flexible manera de encubrir el sistemático ataque de Barthes a todo sistema cultural.

Aspirar al grado cero de la escritura es pretender, en última instancia, hacer *tabula rasa* con el mundo de las significaciones que es, precisamente, el que da sentido a la cultura humana. De ahí que su actitud más constante ante la obra literaria sea la aspiración a "cubrir su lenguaje lo más totalmente posible", es decir a crear un discurso sobre otro discurso, eludiendo sistemáticamente el paso del "sistema formal de significaciones lógicas" al sistema histórico de las significaciones culturales, paso que condicionaría, más que la constatación de un proceso de **significación**, el descubrimiento de un **sentido**.

La mentalidad niveladora de Barthes, cuyos aciertos parciales en el análisis estamos lejos de negar, lo lleva a igualar, en tanto que sistemas de signos, los códigos del totemismo primitivo con los del telégrafo, del tránsito, o de la moda. Su visión es en última instancia no-estructural, ya que se resiste a la comprensión de superiores conjuntos de significaciones, en los que pueden integrarse las significaciones menores o desvaídas.

La Crítica y la Literatura de América Latina

Las limitaciones de este tipo de crítica se hacen particularmente evidentes en su aplicación a la literatura latinoamericana.

Ante ciertos productos de la abstractizante creación europea, complacidos en su propio juego expresivo, se hacía en cierto modo comprensible el "exorcismo" bartheano ante el sentido, al que se hace imposible acceder sin salir del "torniquete" significado/significante. Para este tipo de crítica las significaciones, que constituyen el tejido mismo de la cultura y de la historia, serían superestructuras prescindibles y no parte de la realidad misma.

Se hace visible, pues, el soporte positivista de esa actitud cuyo concepto de lo **real** no supera la materialidad de los objetos, con los cuales aspira, al parecer, a identificar el hombre. Aunque aparentemente se hallen distanciados, el correlato histórico que se corresponde con este modo de pensamiento es la "sociedad de consumo", generada por la mentalidad materialista moderna. En ella rige de continuo, asimismo, la negación del valor humano y de todo proyecto válido de vida, así como la asimilación del hombre a las cosas.

Esta sociedad tiende, en efecto, a hacer de la criatura humana un robot satisfecho e incapaz de reacción alguna, masificado y nivelado por subproductos culturales que vienen a

colmar su natural apetencia de valores, de signos de orientación, de símbolos que hagan humano su paso por el mundo.

Contra tal actitud "desmitificadora" empiezan a reaccionar estados y organismos mundiales preocupados por la supervivencia del hombre, y la recuperación de su ser moral. No obstante, un bárbaro concepto de la existencia ha invadido, en buena medida, los medios de comunicación y ciertos ámbitos científicos, generando fenómenos de alienación y subversión de valores.

La **nouvelle critique**, así como otras corrientes miméticamente asimiladas por profesores y críticos latinoamericanos, aparece como el correlato reflexivo, dentro de Europa, de una línea de pensamiento que podría ser calificada de "anti-europea". La pretendida conexión del pensamiento marxista con las desviaciones a-culturales de esta actitud es asimismo inadmisibles, ya que la anulación de las significaciones culturales y de todo proyecto humano incluye también al impulso ético-histórico del marxismo.

Es evidente la distancia del **tiempo cultural** de América Latina con respecto a esa posición, embozada en un neutralismo cientificista. En tanto que Foucault anuncia el **triunfo de las cosas**, término innegable de un recorrido cultural, los grandes poetas y novelistas de América se lanzan a la **recuperación de sentido**

de la existencia, y anuncian el advenimiento del **Hombre Renovado** que vuelve a crear la cultura.

El mensaje de nuestros mejores escritores corre el peligro de ser omitido, o tergiversado, en el contexto de una crítica puramente analítica y formalista, reacia a admitir las concatenaciones de lo literario con la cultura y evolución de los pueblos latinoamericanos. La subordinación de este amplio contexto al sistema sincrónico, o su negación por una crítica inmanente, elude la intencionalidad significativa del mensaje, y su importantísima proyección sobre la realidad misma.

No situar una obra dentro de su historicidad, y dentro del "círculo hermeneúutico" a que pertenece, es soslayar su valor como signo de la cultura, el valor de sentido que inevitablemente adquiere, aun por encima de su voluntad de significar. Así, por ejemplo, la novela objetivista en su pretensión actitud no-significante, señala muy bien la "cosificación" progresiva del hombre que es característica del final de una cultura.

Mitos y Progreso

La literatura latinoamericana se nutre de un sustrato semántico que ha sido constituido por diversos sistemas de significaciones: indígenas, judeocristiano, indoeuropeo, africano etc. Los símbolos y mitos, a través de los cuales se manifiestan estos sistemas, son precisamente las cifras de un sistema cultural antropológico de más amplio alcance, que prevalece sobre los cambios históricos sin oponerse a ellos. Es sin duda la simbólica cristiana la que ordena a las demás, en su flexible y amplio sistema por excelencia integrador.

Quienes se preocupan por la evolución social de los pueblos concluyen a menudo, equivocadamente, que el corpus mítico-simbólico es un factor de retroceso, o de opresión. Es necesario revisar ese absurdo concepto, ya que el **inmovilismo histórico es típico de los pueblos que carecen de pensamiento crítico y reflexivo, capaz de acompañar e interrogar en permanente dialéctica el proceso de su cultura espontánea.**

Ambas líneas deben ser desarrolladas tanto en la vida individual del

hombre como en la vida colectiva de los pueblos, tal como lo demuestra la moderna investigación psicológica y psico-sociológica. Por otra parte, el cristianismo tiene clara dirección humanizante y salvífica, y, al vertebrar otras culturas, imprime nítidamente ese rumbo al conjunto sincrético resultante.

Las sociedades primitivas viven en la esfera de la conciencia mítica o mágica sin producir reflexión crítica sobre los hechos de la vida. Pero la presencia de una conciencia mítica, tan acentuada, en el mundo judeocristiano, no ha impedido a éste evolucionar e influir sobre la evolución de los otros pueblos. Antes bien, ha contribuido poderosamente a ello. La dialéctica mito-conciencia crítica es fuente de una actitud permanente de enriquecimiento evolutivo para toda la órbita de Occidente, cuya movilidad histórica es ocioso recalcar.

Es precisamente en las estribaciones de ese proceso cuando viene a producirse —pese a las insistentes alertas del pensamiento vitalista, intuicionista, suprarrealista, etc.— la aspiración al "grado cero de la cultura", la negación del mito y el símbolo, que es en última instancia no sólo la negación del lenguaje sino la negación del hombre.

La sociedad consumista más que anular el mito, lo degrada o sustituye por sucedáneos espurios; el pensamiento positivista a que hemos hecho referencia propone su anulación. De allí que ambos propugnan una mecanización de la vida humana, acorde con una verdadera castración de sus poderes creativos. Tanto en la "sociedad del confort" como en la "sociedad colmena", el hombre corre el riesgo de anular su capacidad de evolucionar, y por lo tanto de **Ser**.

No es lo mítico en sí mismo lo que es causa del atraso social o las aberrantes desviaciones históricas de algunos pueblos, y esto es necesario subrayarlo enérgicamente. El aprovechamiento, por otra parte, de ciertas clases sociales, con respecto al **corpus mítico** no significa que éste sea en sí mismo nefasto para el hombre. En este caso terminaríamos proponiendo, equivocadamente, una alfabetización **contra** el mito, **contra**

la cultura, tal como lo propusiera Sarmiento en concordancia con una formación positivista, que su robusta constitución espiritual traiciona repetidamente.

Suficiente lección da al respecto José Hernández, al erigirse en defensor de la "barbarie" que no es otra cosa que la "cultura". Pues bien, el pensamiento americano que emerge desde hace más de un siglo insiste en esta legítima defensa: así, Bello, Martí, Darío, Joaquín González, Ricardo Rojas, Gallegos, Carpentier, Marechal, Octavio Paz, etc.

La "nueva crítica" —pese a la acusación de "asimbolía" que hace Barthes a sus detractores— padece de una obstinada cerrazón ante el fenómeno mítico-simbólico, cerrazón que es totalmente coherente con el vaciamiento cultural que intrínsecamente propone. Tal actitud atenta contra la integración de los elementos lingüísticos o sémicos, en la síntesis configuradora de una expresión histórico-cultural.

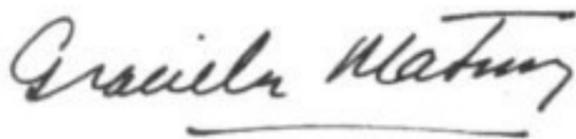
La actual literatura latinoamericana continúa cierta línea europea cuyo máximo punto de expresión se dio en el barroco. Su eje vertebrador es el mito cristiano, conjugador de otros mitos.

Esta actitud de recuperación de las raíces de la cultura no impide a escritores como Marechal, Carpentier y García Márquez —por citar solamente a algunos— instalarse en el proceso de la historia latinoamericana, y comprometerse profundamente con ella.

Qué mal han sido comprendidas sus obras por una crítica mezquina, prejuiciosa, cuando no malévola. Su pretensión "desmitificadora" ha llevado a muchos autores a una transcripción superficial del mundo simbólico, a una esquematización de las "figuras", a un análisis divorciado de toda comprensión profunda. Se los prohíbe el prejuicio ideológico, el distanciamiento cultural con relación a su pueblo, su ignorancia de la verdadera tradición y, en suma, su actitud obsecuente frente al dictado cientificista y desintegrador.

Frente a ello apoyamos el desarrollo de una crítica latinoamericana, cuyas bases ya han sido dadas por una sólida línea de trabajos. Creo

necesaria una actitud abierta y receptiva a todo tipo de innovación metódica, pero capaz de discernir críticamente su aceptación o aplicación, a la vez que de integrar esos aportes en una visión comprensiva y reflexiva del hecho literario. Una crítica de tal envergadura tendrá que volver a saturarse de su propio contexto cultural, a fin de recuperar la óptica válida para la hermenéutica del signo literario, sin traicionarlo, y sin traicionarse a sí misma. ■



Graciela Maturó

Poeta, ensayista, crítica literaria. Es Profesora Asociada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Es directora del "Centro de Estudios Latinoamericanos" y de la revista "Megafón", órgano del mismo.

Dirige la colección "Estudios Latinoamericanos" de la editorial García Cambeiro, y es asesora literaria de la editorial "Castañeda".

Con anterioridad ha ejercido la docencia universitaria y secundaria en la Universidad Nacional de Cuyo y en distintos establecimientos del Ministerio de Educación en Mendoza; ha ocupado cargos de investigación en el Instituto de Lenguas y Literaturas Modernas (UNC) y en el Instituto de Literatura Argentina "R. Rojas" (UNBA). Se desempeñó también en la cátedra universitaria en la Universidad del Salvador de Buenos Aires.

Ha sido becaria del Fondo Nacional de las Artes (1960) para realizar trabajos de investigación, y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas en la categoría de Investigador Formado (1971-1973). Obtuvo subsidios para publicación del Fondo Nacional de las Artes en 1960 y 1965.

Su labor literaria y de investigación ha merecido diversas distinciones, entre ellas el Premio Municipal de Literatura de Mendoza, 1960; Premio de la Dirección Provincial de Cultura de Santa Fe a ensayo inédito, 1967; Premio Bial de Literatura de Mendoza 1965-67; Premio de la S.A.D.E. "Fiesta Nacional de las Letras" 1967.

Ha dictado cursos y conferencias con el auspicio de distintas instituciones del país y de otros países latinoamericanos, así la Universidad Católica de Rosario, la Dirección de Cultura de Santa Fe, la Dirección de Cultura de Córdoba, la Universidad Nacional del Litoral, el Instituto "R. Rojas" de Villa María, la Universidad Nacional de Salta, la Universidad Nacional de Mar del Plata, la Dirección de Cultura de Victoria, el Instituto Porrás Barrene-

chea de Lima, Perú, el Instituto Argentino-Paraguayo de Cultura de Asunción, Paraguay, la Universidad Javeriana y la Universidad del Valle, Colombia, la Asociación de Escritores Venezolanos, Caracas, la Universidad del Salvador, el Instituto "A. Ruiz de Montoya" de Posadas, Misiones, etc.

Fundó y dirigió en Mendoza la revista y ediciones de poesía "Azor", y ejerció el periodismo en diarios de Mendoza y la Capital Federal.

Principales trabajos publicados: **Proyecciones del surrealismo en la literatura argentina**, ECA, Buenos Aires, 1967; **Julio Cortázar y el hombre nuevo**, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1967; **Julio Cortázar y el hombre nuevo**, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1968; **Claves simbólicas de García Márquez**, Ed. García Cambeiro, Buenos Aires, 1972; reed. ampliada, 1977; en colaboración con otros autores: **Claves de Adán Buenosayres**, Azor, Mendoza, 1966; **La vuelta a Cortázar en nueve ensayos**, C. Pérez, Bs. As., 1968; **Historia y mito en la obra de Alejo Carpentier**, G. Cambeiro, Buenos Aires, 1972; **La mujer: símbolo del Mundo Nuevo**, G. Cambeiro, Buenos Aires, 1976; **América Latina: integración por la cultura**, G. Cambeiro, Buenos Aires, 1977.

Otros estudios y artículos en revistas "Boletín de Estudios Germánicos" (UNC), "Revista de Literaturas Modernas" (UNC), "Cuadernos Hispanoamericanos", Madrid, "Universidad", Santa Fe, "Zona Franca", Caracas, "Eco", Bogotá, "Comentario", Bs. Aires, "Megafón", Buenos Aires, "Sin Nombre", San Juan de Puerto Rico, etc.